

## Haced lo que yo os he mandado

*Fr. Timothy Radcliffe, OP*

*Curso de Comunicación y Predicación, 19 de Diciembre de 2009*

Jesús envía también a sus discípulos a todas las naciones, “enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”. Hemos sido enviados a enseñar los mandamientos de Jesús. Por lo tanto la misión de la Iglesia incluye una enseñanza moral. Este es uno de los mayores retos para nuestra misión. ¿Cómo puede la enseñanza de los mandamientos ser vista como buena noticia? Si la gente sospecha de la doctrina como algo doctrinario, entonces todo lo que tiene algo que ver con la enseñanza moral es todavía peor. Puede ser visto como moralizador. Pertenece al mundo libre. Somos libres para hacer lo que nos parezca. ¿Cómo puede nadie permitirse el lujo de decirnos lo que tenemos que hacer?

La cultura moderna pone a la Iglesia entre la espada y la pared. La gente espera que los líderes de la Iglesia se pronuncien sobre lo que está permitido y lo que está prohibido. Es nuestra tarea. Si surge un tema moral complicado, los periodistas enseguida llamarán al obispo local para conseguir una cita: “El Obispo Lynch prohíbe tal cosa”. Se supone que los cristianos respetan y defienden las normas morales.

Pero por otro lado, la gente normalmente quiere que la Iglesia prohíba lo que ellos ya no aprueban. Quieren que digamos a los demás lo que han de hacer. Los llamados católicos conservadores quieren que los obispos se pronuncien en contra de las uniones homosexuales, y los católicos liberales que los obispos hablen en contra de la guerra. Pero hoy, muy poca gente se siente realmente inclinada a cambiar su conducta debido a los pronunciamientos de la Iglesia. ¿Qué atrevimiento por parte de algunos hombres vestidos con esos graciosos sombreros puntiagudos que me digan a mí lo que yo tengo que hacer? Y siendo sinceros, ¿acaso no es un tanto infantil para la gente esperar pasivamente instrucciones de lo alto sobre lo que deben hacer? ¿Producirá esto gente moralmente madura?

Este es, por tanto, un reto importante para la predicación en el siglo XXI. ¿Cómo puede la enseñanza moral ser percibida como buena noticia? ¿Con qué ilusión aceptarán nuestros adolescentes normales que se les diga lo que han de hacer? Todo esto es un enigma puesto que nuestra cultura da por sabido que la moralidad trata de lo que está prohibido o de las cosas que estamos obligados a hacer. Hace referencia al control externo de nuestra conducta, y por lo tanto limita nuestra libertad. De ahí que en una sociedad libre, la Iglesia sea vista como un enclave de control moral. Para mucha gente el principio de su libertad está en huir de la religión. Los humanistas laicos hicieron una campaña de publicidad en los autobuses de Londres: “Dios probablemente no existe. Deja de preocuparte y disfruta”. Huye del Policía invisible en el cielo.

Creo que la misión de la Iglesia depende de poner en entredicho todo este modo de ver la moralidad. Charles Taylor escribió un libro amplio y erudito titulado *Una Edad secularizada*. Arguye que la cultura del control es en gran medida fruto de la Ilustración. Comenzando desde el siglo dieciséis, vemos a los reyes deseosos de tomar el control de la sociedad, y esto significó que gente como Enrique VIII de Inglaterra quería adueñarse del poder de la Iglesia. Lo mismo vemos en el caso de los monarcas

absolutistas de Francia y España. El estado se fue haciendo cada vez más poderoso. Los pobres ya no eran vistos como nuestros hermanos y hermanas en Cristo, sino como una amenaza que debía ser controlada. Se organizaron ejércitos poderosos para defender al estado contra los enemigos externos, y desde dentro se organizaron fuerzas policiales para defenderse contra las amenazas del populacho. Se produjo un gran incremento de la esclavitud, que fue uno de los mayores ejercicios de control jamás conocido en la historia humana. La sociedad se percibía como un mecanismo que hay que ajustar y manipular, más que como un organismo que progresa. Todo el universo aparecía como un gran reloj, y Dios se convirtió en el relojero. ¿Pero una vez que puso el reloj en marcha, quién necesita preocuparse más de Él? A medida que Dios empieza a desvanecerse, en ese mismo momento, el Estado ocupó su lugar. Una vez que Dios desaparece alguien tiene que dirigir el espectáculo.

Todo esto significó un cambio profundo en el modo de entender la moralidad. Dejó de ocuparse de la primacía del amor y del progreso humano. Ya no trataba más sobre las virtudes y las bienaventuranzas. Después de la Reforma, la moral se ocupó cada vez más de los Diez Mandamientos<sup>1</sup>. Se publicaron en público en las Iglesias protestantes. Eran los grados de la voluntad de Dios a los que había que someterse, no porque nos hicieran más santos, más humanos y más divinos, sino porque esto es lo que Dios quiere. Vemos, pues, el triunfo de la voluntad: la voluntad del Estado, mi voluntad, y la voluntad de Dios, sobre todo si Dios es suficientemente sensible para estar de acuerdo conmigo.

Sin embargo la actual crisis de nuestra sociedad ha demostrado lo nefasto que es para la moralidad de una sociedad estar basada sobre normas y controles. Los banqueros se han llevado bonificaciones escandalosas y han sido capaces de justificarlo diciendo que no han hecho nada que vaya contra las normas. Miembros del Parlamento Británico que fueron cogidos in fraganti reclamando gastos ridículos a los contribuyentes, tal como casitas para sus patos, se justificaron diciendo que no tenían nada contra las normas. Y los gobiernos en todo el mundo han respondido restringiendo las normas, introduciendo nuevas leyes y regulaciones. Todo eso está bien, pero no es suficiente, ya que siempre se pueden sortear las normas, sobre todo si se tienen buenos abogados y buenos contables.

Algunas Iglesias se sometieron a controles externos, y otras, sobre todo nuestra querida Iglesia, intentó resistir para conservar nuestra libertad. Con mayor o menor éxito resistimos al Emperador Romano, al Sagrado Emperador Romano, a las demandas de los monarcas absolutistas, a los Imperios del siglo diecinueve y al comunismo del siglo XX. Teníamos que hacerlo, pero en este proceso, la Iglesia católica se vio ella misma contaminada por la cultura del control. El precio que pagó por la libertad fue que la Iglesia se asemejara a aquellos a quienes se había opuesto. En el intento de ir contra corriente, con frecuencia acabamos conformándonos a la cultura secularizada del control. Pero si de verdad creemos que el mundo está en manos de la providencia divina, entonces nuestras iglesias debieran ser oasis de libertad.

La paradoja de la cultura del control de la Ilustración está en que cuanto más se intentan controlar las cosas tanto más escapan a nuestro control, y más derivamos hacia el caos. Vivimos en “un mundo fuera de control”, como lo ha llamado Anthony Giddens, “una

---

<sup>1</sup> Cf. John Bossy *Christianity in the West: 1400-1700*. Oxford 1985 passim

selva manufacturada”, que camina a toda velocidad hacia el desastre ecológico y hacia la fusión financiera. Como señala Thomas Merton: “Detrás de la engañosa capa de los mitos sobre el progreso y la tecnología, parece estar funcionando un poder amplio y sin control que está conduciendo al hombre hacia donde no quiere ir, a pesar de sí mismo”<sup>2</sup>.

Por tanto, nuestro mundo está preparado para acoger la refrescante visión moral de Jesús. Sus mandamientos podrán ser vistos como “buena noticia” solamente si liberamos nuestras mentes de la idea moderna que se trata de sumisión a coacciones externas, de prohibiciones. Fijémonos en los diez mandamientos. Quizás algunos de nosotros estemos de acuerdo con Bertrand Russell cuando decía que había que entenderlos como un examen. ¡Ningún candidato debiera intentar responder a más de seis! En la segunda guerra mundial hubo un capellán polaco dominico. La víspera de la batalla de Monte Casino, al abrir su tienda de campaña se dio cuenta que había miles de soldados polacos que querían confesarse. ¿Qué podía hacer? Todo esto sucedió mucho antes de que se pensase en la absolución general, y mucho menos que estuviera prohibida. Se le ocurrió mandarles echarse cuerpo a tierra, de tal modo que no pudieran verse los unos a los otros, y les dijo: “Voy a ir repasando los diez mandamientos. Si habéis faltado contra alguno, moved vuestro pie izquierdo y con la mano derecha indicad cuántas veces lo habéis hecho”.

Este verano tuve la oportunidad de mantener una conversación muy interesante con mi buen amigo, el Gran Rabino de Gran Bretaña, Lord Sachs. Me decía que en la Torah no existe una palabra por “obedecer”, en el sentido de sumisión a un poder externo. Cuando después de la última guerra mundial se fundó el Estado de Israel, se vieron en la necesidad de pedir prestada una palabra aramea por “obedecer” en este sentido moderno. En su lugar existe la concepción de “escuchar”. Se nos pide que escuchemos al Señor nuestro Dios. No exi, por tanto, la idea de los mandamientos como coacciones externas. Son siempre una invitación a establecer una relación personal con Dios. “Yo, Yahvé, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para tí otros dioses delante de mí” (Éxodo 20, 2 ss.). Los diez mandamientos no son la voluntad arbitraria de Dios. Son participación de su amistad y de su libertad. Fueron entregados a Moisés, a quien Dios habló como a un amigo. Son un aprendizaje en la libertad de la amistad.

Y lo mismo sucede con Jesús, Jesús revela su mandamiento nuevo a los discípulos la noche antes de morir, en el mismo momento en que les reconoce como sus amigos. “A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Juan, 15,15). En la Biblia, los mandamientos no son una sumisión de la voluntad, sino la entrada en la amistad con Dios y con los otros.

Richard Burridge, Decano de Kings, en Londres, ha señalado que Jesús “se rodeó de malas compañías mientras enseñaba buenos principios morales”<sup>3</sup>. Comía y bebía con prostitutas y recaudadores de impuestos, tenía amigos de mala fama, y sin embargo, predicó el Sermón de la Montaña y nos pidió ser perfectos como nuestro Padre Celestial es perfecto. Es muy exigente. Sus demandas eran las de la amistad de Dios. Es solamente en el contexto visible de la amistad, donde de verdad podremos impartir enseñanzas morales. Joseph Pieper, parafrasea a Santo Tomás cuando mantiene que “un

---

<sup>2</sup> Citado en una recensión del ed. William Shannon y Christian Bochen *Thomas Merton: a life in letters*. Lion Hudson 2009

<sup>3</sup> *Imitating Jesus: An Inclusive Approach to New Testament Ethics*. Grand Rapids 2007, p. 72

amigo, que sea un amigo prudente, puede ayudar a perfilar la decisión del amigo. Lo hará en virtud de ese amor que hace que el problema del amigo sea su propio problema, y el ego del amigo su propio ego<sup>4</sup>.

Es solamente en la amistad cuando descubriremos lo que hay que decir. La doctrina se convertirá en algo vivo, cuando como yo sugería, nos comprometamos imaginativamente con nuestros contemporáneos. Así descubriremos junto con ellos destellos del Dios siempre nuevo. Y la enseñanza moral solamente estará viva si nos comprometemos en la amistad con nuestros contemporáneos, que es donde podremos descubrir la inesperada bondad de Dios, y cómo su amistad nos conduce por caminos que nunca antes habíamos anticipado. La doctrina y la ética se convertirán en algo vivo cuando nos comprometamos con el Dios desconocido, cuya intimidad nos conducirá a lugares nuevos.

Todo esto tiene consecuencias radicales sobre el modo de enseñar de la Iglesia. Lo que tengamos que decir solamente tendrá sentido en un contexto de amistad. Los Israelitas no podrían haber entendido los Diez Mandamientos fuera de la libertad y familiaridad del encuentro con Dios en el Sinaí. El Sermón de la Montaña no tiene sentido fuera del contexto de Jesús compartiendo la vida de los recaudadores de impuestos y de las prostitutas. Y por tanto cuando vayamos a hablar sobre temas morales, no será suficiente hacer declaraciones públicas en los periódicos, considerados como los grandes órganos de la opinión Ilustrada. Debemos ser reconocidos públicamente como cercanos a la gente, compartiendo sus vidas.

Siendo yo estudiante en París, murió el Cardenal Danielou subiendo por la escalera para visitar a una prostituta. Como podéis imaginar, la Prensa estuvo llena de insinuaciones maliciosas. Sin embargo, todos los que conocían al Cardenal sabían que era un hombre de Dios que estaba atendiendo pastoralmente a los más despreciados, como lo hacía siempre. Estaba ofreciendo su amistad a los despreciados.

Incluso iré más lejos, no podremos incluso saber qué decir y cómo decirlo fuera de esta amistad. Tenemos que ponernos de parte de la gente, compartir sus dilemas, y estar atentos al evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia junto con ellos, y entonces descubriremos conjuntamente la palabra que hay que compartir. Del mismo modo que la doctrina sólo puede estar viva si nos sorprende, así la amistad con Dios nos conduce a sitios nuevos. La gente andaba siempre intentando tender una trampa a Jesús. Le ponían cuestiones que parecían tener solamente dos respuestas posibles. ¿Debo pagar impuestos al Cesar o no? Esta mujer ha cometido adulterio ¿Deberá ser apedreada? Sin embargo las respuestas de Jesús conducen a la gente más allá de estas estrechas alternativas. La amistad con Dios es creativa. De nuevo nos damos cuenta cómo la amistad con Dios nos libera de los confines binarios y nos hace abrirnos a los espacios abiertos de la Trinidad. ¡Creo que es San Gregorio Nacianceno quien dice que pasamos de la díada a la triada!

La segunda cosa que yo quiero sugerir, es que en la actual crisis moral, no será suficiente establecer normas. Esta crisis es en parte el resultado de pensar que la moralidad trata sobre todo de las normas. Cuando los Miembros del Parlamento británico tuvieron que afrontar sus intentos de conseguir más libras de los

---

<sup>4</sup> *Four Cardinal Virtues*, p. 29

contribuyentes, la reacción más común fue: “Yo no he hecho nada malo, no he infringido las normas”. Y cuando se reveló que los banqueros se apropiaban de grandes bonificaciones aún cuando su gestión de los bancos era mala, su respuesta fue, “No va en contra de la ley”.

Una moralidad basada simplemente en la obediencia a las normas invita a la gente a encontrar un camino al otro lado de la norma, y a pesar de que se aprueben nuevas leyes, tu puedes conseguir cualquier cosa que te propongas siempre que puedas pagar a un buen abogado y a un buen contable. En los últimos diez años Gran Bretaña ha añadido tres mil nuevas leyes criminales al Código, y sin embargo todavía padecemos una gran crisis moral. Por supuesto que la regulación es necesaria, pero no es suficiente. Y aquí la Iglesia tiene algo maravilloso que ofrecer, se trata de una visión moral totalmente diferente basada no en las normas sino en las virtudes.

Para nosotros dominicos, esto puede parecer algo obvio. Quizá la segunda mitad de mi charla sea algo innecesario aquí en una casa de dominicos españoles. Pero quiero repetirlo porque no es tan obvio para nuestra sociedad. Con gran facilidad nos olvidamos de la maravillosa herencia de la visión moral de Santo Tomás. Para él la vida moral forma parte de nuestra vuelta a Dios, convirtiéndonos en gente que encuentra su felicidad y su libertad en Dios. Las virtudes no tratan sobre lo que nos está permitido hacer. Tratan de lo que estamos invitados a llegar a ser. No tratan sobre prohibiciones sino sobre la identidad. Las virtudes cardinales nos forman para ser gente prudente, justa, valiente y moderada. Las virtudes teologales nos enseñan a ser creyentes, esperanzados y amables, gente que encuentra su felicidad en Dios.

Por supuesto que tenemos necesidad de leyes como un aprendizaje para la ética. Durante algún tiempo el fraile joven que vino a vivir al cuarto siguiente al mío tenía la costumbre de cerrar la puerta de golpe y esto me irritaba sobre manera. En algún momento tuve el sentimiento de que podría matar al Hermano X. Pero teniendo en cuenta el mandamiento “No matarás”, me lo impidió. No es porque yo pensara “Amigo mío, quisiera matarle, pero desafortunadamente no me está permitido”. La ley me recuerda quien soy yo. Soy su hermano y en lo más profundo no quiero matarle... en modo alguno. La virtud te enseña a llegar a ser alguien que espontáneamente hace lo que es bueno. San Agustín lo expresa maravillosamente: “Ama y haz lo que quieras”. Pero si te limitas a someterte a las leyes, entonces serás como el músico que nunca va más allá de practicar con la escala.

Por tanto, la virtud trata de recordarte quién eres en Cristo, tu identidad. Esto me recuerda aquella historia en que un buen día Jesús volvió a la tierra y se encontró con San Pedro. Le dijo a Pedro, “Quiero hacer algo que antes nunca hice. Llévame a jugar al golf”. Se ponen de acuerdo para jugar un partido, Jesús golpea la bola y cae al lago, le dice a Pedro: “Por favor, vete y saca de allí la bola por mí”. San Pedro se mete en el lago, agarra la bola y se la da a Jesús. Jesús vuelve a golpear la bola y de nuevo vuelve a caer en el lago. Entonces Pedro le dice, “Esta vez puedes ir tu mismo a por ella”. Entonces Jesús camina sobre las aguas para conseguir la bola. Alguien que pasaba por allí les mira atentamente y dice: “¿No será este quien yo pienso que es? “Por supuesto, dice San Pedro, el problema es que se cree que es Tiger Woods”. ¡En este momento Jesús estaría contento de no ser Tiger Woods!

Fijémonos rápidamente en las virtudes cardenales y veamos lo que significan para una vida dichosa. La primera es la prudencia. Para nosotros la prudencia suena como algo aburrido. Fue una de los lemas de Gordon Brown cuando era Canciller. Existe incluso un libro titulado “La prudencia de Mister Gordon Brown” (William Keegan). Parece ser una virtud con poca gracia y aburrida. ¡Herbert McCabe pretende haber conocido una familia con tres hijas llamadas fe, esperanza y prudencia!

Para nuestros antepasados la prudencia era algo mucho más interesante. Se trataba de la sabiduría práctica de vivir en el mundo real, viendo las cosas tal como son. De esta manera la persona prudente puede actuar de una manera valiente, si la situación lo exige. Su fundamento está en el ser sincero: ser sincero a las cosas como son, sincero con los otros, y sincero con uno mismo.

Tengo la impresión que todo este desastre económico que estamos padeciendo está enraizado en la imprudencia. No se trata de no haber estado atentos a los números, o de que hayamos aceptado riesgos innecesarios, o de que no tengamos reservas suficientes, sino de haber dejado que nuestra economía se apartase de la realidad. Los precios de las casas cada vez tienen menos que ver con el valor real de los ladrillos y del cemento de que están hechas y donde vive la gente. De hecho el valor de casi todas las cosas ya apenas tiene nada que ver con lo que las cosas son, sino con el valor que alcanzan en el mercado. El dinero se compra y se vende y su valor se dispara en cuestión de segundos alrededor del planeta, cada vez más lejos de la verdadera realidad. La última encíclica del Papa Benedicto “*Caritas in veritate*”, se centra sobre la creencia que amar a la gente es vivir con ellos en la verdad. Escribe: “*Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad*” (3).

Pienso que para nosotros el gran reto está en convertirnos en gente veraz, para quienes decir la verdad forma parte simplemente de nuestra dignidad y honor. Los políticos tienden a ver qué es lo que pueden conseguir. Si son sorprendidos mintiendo, entonces no dirán que han mentido. Dirán que simplemente se trata de un error de juicio. Se supone que su error fue pensar que no les iban a pillar. Los medios falsificarán la verdad hasta que sus abogados confirmen que no pueden ser demandados.

No tengo derecho a reivindicar ser más veraz que nadie. Soy hijo de esta sociedad. Pero pienso que se vendrá abajo a no ser que descubramos el amor por la verdad simplemente por sí misma, como algo honesto. Lo que me atrajo a los dominicos es que nuestro lema es “la verdad”. Se suele contar la historia de un hombre que estaba volando sobre el sur de Inglaterra en un globo aerostático, aterrizó sobre la copa de un árbol, sin tener idea del lugar donde se encontraba. Vio pasar a dos personas y gritó: “¿Dónde estoy?”. Una de ellas contestó: “Estás en un árbol”. “Oh, tu debes ser un dominico”. ¿Cómo lo sabes? “Porque lo que dices es verdad, pero es algo totalmente inútil”.

La segunda virtud es la justicia. Como hemos visto, la justicia es algo más que mantenerse simplemente dentro de los límites de las normas, obedeciendo la ley. No es suficiente para ninguno de nosotros decir, “No he hecho nada malo, no he infringido ninguna ley”. Tenemos que ser personas justas.

Santo Tomás describe la justicia como el dar a cada uno lo que le es debido. Esto suena más bien aburrido y mezquino. Te doy un euro y por tanto me debes un euro. Sin embargo, debemos a la gente mucho más. Cuando te enamoras de alguien y aburres a tus amigos explicándoles una y otra vez lo bonita, inteligente, dotada, simpática y amable que esa persona es, simplemente intentas ser justo con ellos.

El fundamento de la justicia está en actuar de tal modo que reconozcamos la verdad de la otra persona. Más allá de sus fallos, faltas y deficiencias, vemos su belleza y dignidad. El monje cisterciense Thomas Merton, un buen día fue al pueblo más cercano a encargarse de un trabajo de publicación y quedó maravillado por la absoluta bondad de la gente. Dice: fue como si de repente hubiera visto la belleza secreta del corazón de los hombres, la profundidad de sus corazones, donde ni el pecado, ni el deseo, ni el autoconocimiento pueden llegar...En el centro de nuestro ser hay un punto insignificante que no ha sido tocado por el pecado”<sup>5</sup>. En el corazón de la justicia hay un respeto por el otro que brota de un pequeño destello de su dignidad.

Un mundo injusto es aquel en el que la belleza y dignidad de las personas está sistemáticamente oscurecida y negada. En Ruanda, durante el genocidio, las paredes estaban cubiertas de graffiti que decían: “Mata las cucarachas”. Los enemigos eran matados con palabras antes de ser asesinados con los machetes. Hace un par de años estuve en Zimbabwe poco después que el Presidente Mugabe hubiera proclamado su campaña de Murambatsvia, “limpiemos la basura”. La basura eran todos sus oponentes. Sus casas fueron arrasadas, más de setecientas mil. Por lo tanto la injusticia no sólo priva de bienes materiales a la gente. Les convierte en cosas, les hace objetos.

En el fondo de la vida del predicador está la creencia en el poder de las palabras que decimos. Pueden ser como palabras de Dios que edifican a la gente y les hacen más fuertes. Pueden ser palabras que dan vida. O pueden ser palabras que denigran, ridiculizan, minan, desprecian a la gente. Hablamos prácticamente durante todo el día. Comenzamos charlando durante el desayuno, intercambiamos rumores, compartimos las noticias, hacemos chistes, nos ofrecemos unos a otros palabras. Y por tanto, es capital para nuestra vida como predicadores ofrecernos unos a otros palabras justas y veraces. ¿Dices palabras justas, respetuosas y justas incluso de personas con quienes no estas de acuerdo? ¿Incluso sobre personas de la Iglesia que tienen otras teologías? De lo contrario, estaremos desautorizando nuestras vidas como predicadores de la palabra de Dios que da vida.

Una vez un rabino pidió a una mujer chismosa que le acompañara hasta lo alto de la torre con un cojín de plumas. Una vez en lo alto le pidió que abriera el cojín y dejara que las plumas volaran al viento. Entonces le dijo, “vete ahora y recógelas”. “Pero, rabino, eso es imposible, replicó la mujer, están esparcidas por todas partes”. “Eso mismo es lo que sucede con tus palabras malignas”, contestó el rabino.

Y por último está también la fortaleza. La fortaleza no significa no tener miedo. Con frecuencia lo sensato es tener miedo. Si tienes que rescatar a alguien de una casa en llamas, sería estúpido no tener miedo. Sin embargo, la persona valiente no está prisionera de sus miedos. Se atreve a hacer lo que es correcto, aunque sea con el miedo en el cuerpo. Pienso en estos momentos en Yvon, uno de mis hermanos que era el

---

<sup>5</sup> (CGB, pp.157,158).

Superior de la Orden en Ruanda. Más tarde fue Socio para la vida apostólica y ahora es provincial de Canadá. Durante la época del genocidio trabajaba en un campo de refugiados de las Naciones Unidas al este del Congo. Había regresado allí sabiendo que arriesgaba su propia vida. Mientras estaba reunido con la comunidad en Kigali, de repente abrieron la puerta de par en par y la sala se llenó de soldados. Mandaron a todos los hermanos que se tiraran al suelo apuntándoles con la pistola a la cabeza diciendo: “Decidle a Yvon, que si lo encontramos lo vamos a matar”. Allí mismo estaba él tendido en el suelo temblando de miedo. Sin embargo él ha continuado volviendo allí con frecuencia. Esto es la fortaleza.

La persona valiente sabe que es vulnerable. Que puede ser herida física, emocional y psicológicamente. Algunas veces el mundo clerical puede ser un poco machista dejando a un lado nuestra vulnerabilidad, y pretendiendo que todos somos hombres duros. ¡Macho es una palabra española! Fortaleza significa que tenemos que aceptar el hecho de que no somos tan duros y que respetamos nuestra vulnerabilidad y la vulnerabilidad de los otros.

Y por último tenemos la templanza. De nuevo suena como una virtud aburrida. ¡Abres una estupenda botella de rioja para el cumpleaños de un amigo y solamente bebe un vaso, como un puritano y no como un verdadero católico! La templanza sugiere una cierta incapacidad para disfrutar de las cosas buenas. Los laicistas pusieron publicidad en los autobuses proclamando: “Probablemente Dios no existe, relájate y disfruta”.

Sin embargo, la templanza es algo mucho más interesante que todo esto. Se trata de suavizar tu deseo por la realidad. Significa apreciar las cosas como son. De nuevo, trata sobre la verdad. La justicia significa respetar la verdad del otro con tus pensamientos; la templanza con tus deseos. Cuando celebré mi veintiún cumpleaños como novicio en la Orden, pedí a mi padre que me enviara un vino bueno pero nada fuera de lo normal, ya que algunos de los novicios lo beberían sin saber de que se trataba. Pero por desgracia me envió un Burdeos extraordinario, que los otros novicios bebieron a tragos como si fuera mosto. Esto era inmoderado no porque bebieran mucho, sino porque no sabían apreciarlo. Si queréis daros cuenta de lo que quiero decir, lo único que tenéis que hacer es darme una botella de un buen vino y lo beberemos todos juntos con mucho gusto.

Nuestro mundo de efectos e imágenes, de publicidad y eslóganes, funciona cuando pretendemos comprar algo distinto de lo que en realidad es. El mundo de los efectos y del consumismo nos mantiene encerrados en la irrealidad. El teléfono móvil es percibido como una manera de ser sexy, los pantalones vaqueros como un modo de ser joven. ¡Me regalaron un teléfono móvil y no por eso me ha hecho más sexy!

Por tanto, pienso que nuestra sociedad está preparada para descubrir que la visión moral forma parte de la buena noticia. No se trata de prohibiciones y controles. Se trata de llegar a ser alguien que tiene un yo personal, alguien que es capaz de amistad, y en definitiva de amistad con Dios, participando así de su libertad y felicidad.